

VANIDAD IMPERIAL Y ESTÉTICA DEL ARTIFICIO: FIESTAS NAPOLEÓNICAS EN LA SEVILLA OCUPADA

IMPERIAL VANITY AND AESTHETIC OF ARTIFICE:
NAPOLEONIC PARTIES IN THE INVADED SEVILLE

POR ÁLVARO CABEZAS GARCÍA
Universidad Pablo de Olavide, España

Cada 15 de agosto debía celebrarse, en todos los territorios pertenecientes al Imperio francés, la onomástica y natalicio de Napoleón Bonaparte. En el caso de la Sevilla ocupada, la fiesta napoleónica alcanzó tres ediciones: 1810, 1811 y 1812. Gracias a la información proporcionada por dos documentos inéditos, relacionados al final del presente artículo, puede sistematizarse su estudio y ampliarse el conocimiento de las fiestas ciudadanas con las que los dirigentes franceses –a través de solemnes ceremonias religiosas, desarrollo de la caridad, corridas de toros, iluminaciones callejeras y perspectivas arquitectónicas, así como mediante fuegos artificiales, competiciones deportivas o banquetes y bailes privados–, querían conseguir un fin propagandístico haciendo suyos los valores estéticos autóctonos para contentar su vanidad imperial.

Palabras clave: Fiesta napoleónica, artificio, ocupación francesa, mariscal Soult, perspectivas arquitectónicas.

Each was to be held August 15 in all territories belonging to the French Empire, onomastics and the birth of Napoleon Bonaparte. In the case of the invaded Seville, the Napoleonic party reached three editions: 1810, 1811 and 1812. Thanks to information provided by two unpublished documents related to the end of this article can be systematized study and extend knowledge of the city festival with which the French leaders, through solemn religious ceremonies, development charity, runs bulls, street lighting and architectural perspectives, and by fireworks, sports competitions, banquets and private dances, they wanted an end propaganda endorsing indigenous aesthetic values to satisfy his imperial vanity.

Keywords: Napoleonic party, artifice, French occupation, Marshal Soult, architectural perspectives.

A pesar de que han transcurrido dos siglos desde la ocupación francesa de Sevilla (1 de febrero de 1810-27 de agosto de 1812), este episodio no ha despertado el interés en la historiografía artística que demanda su importancia histórica. Es cierto que Moreno Alonso dibujó un completo panorama de los tiempos de la invasión en *Sevilla napoleónica*¹, pero esto no ha parecido servir para estimular la investigación y análisis

1 MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica*. Sevilla, 1995. Además es muy valiosa la información facilitada sobre el periodo por VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla. Reseña histórica de los sucesos políticos, hechos notables y particulares intereses de la tercera*

de los vestigios artísticos que subsisten de ese entonces o de aquellos proyectos que quedaron inconclusos.

La presencia francesa, o de los *intrusos* –como se les llamó en ocasiones por sus contrarios, los *patriotas*–, en la capital hispalense ha sido encuadrada, tradicionalmente, por los historiadores en la posteriormente llamada Guerra de la Independencia española (1808-1814). Ello permitía incluir la invasión de Sevilla como uno más de los lamentables sucesos desarrollados en la contienda bélica con todos los ingredientes consabidos de población aterrorizada pero orgullosa de ofrecer un trato despectivo hacia sus conquistadores; ajusticiamiento de rebeldes –en casos como los de Palacios Malaver y González Cuadrado su muerte llegó a estar ribeteada de tonos heroicos para la Historia local de décadas posteriores–; menosprecio de las costumbres e identidad originaria de la ciudad, y de destrucción y sustracción patrimonial, encarnada en el derribo de determinadas parroquias y en la *rapiña* sufrida por conventos o monasterios que, después de ver expulsados a sus religiosos, fueron despojados de los mejores ornatos artísticos que poseían.

Todo lo anterior no debe suponer una barrera que impida o desestime el interés por seguir conociendo el estado de salud del arte sevillano en tiempos de dominio extranjero, en momentos, además, tan cruciales para el devenir histórico, como éstos de las postrimerías del Antiguo Régimen. Y al estudio del derribo de edificios religiosos, los ensanches y la conformación de plazas –que posibilitan elementos para la comprensión de la mentalidad urbanística francesa a principios de la centuria decimonónica²–; al acomodo y transformación de los inmuebles que ocuparon los dirigentes franceses o los funcionarios juramentados –en los que se presagia la incorporación de estilos foráneos, pero de inspiración local o regional como el *moruno*³–; al estudio de los valores estéticos que demostraron tener coleccionistas como el gran duque de Dalmacia –el conocido mariscal Nicolas Jean de Dieu Sault (1769-1851)–, a la hora de elegir las pinturas que deseaba llevarse a su país de origen o que podrían conformar la colección permanente del proyectado Museo Napoleón⁴; hay que sumar, como componente, no sólo de despliegue artístico, sino como elemento de propaganda de los dominadores

capital de la monarquía, metrópoli andaluza, de 1800 a 1850. Sevilla, 1872. Edición facsímil: Sevilla, 1994, pp. 97-147.

2 Sobre este interesante aspecto cfr. los estudios generales de SUÁREZ GARMENDIA, José Manuel: *Arquitectura y urbanismo en la Sevilla del siglo XIX*. Sevilla, 1986, pp. 21-30; y FRAGA IRIBARNE, María Luisa: *Conventos femeninos desaparecidos: arquitectura religiosa perdida durante el siglo XIX en Sevilla*. Sevilla, 1993; con el análisis de un caso concreto: HEREDIA, M^a del Carmen y ROMERO, Purificación: “La antigua y la actual parroquia de Santa Cruz”. *Archivo Hispalense*, 175, 1974, 139-170.

3 Vid. OLLERO LOBATO, Francisco: “La ocupación francesa de Sevilla y la difusión del neoclasicismo: la decoración de la casa de los Cavaleri”. *Laboratorio de Arte*, 15, 2002, pp. 189-199.

4 Cfr. VALDIVIESO, Enrique: Prólogo de GÓMEZ ÍMAZ, M.: *Inventario de los cuadros sustraídos por el gobierno intruso en Sevilla, año 1810*. Sevilla, 1917. Edición facsímil: Sevilla, 2009, especialmente las pp. 12, 13 y 17; y FERRÍN PARAMIO, Rocío: *El Alcázar de Sevilla en la Guerra de la Independencia, el Museo Napoleónico*. Sevilla, 2009.

en su objetivo de congraciarse con el ánimo del pueblo –a la vez que satisfacían su vanidad imperial con grandes muestras de artificio–, las fiestas napoleónicas que se organizaron a lo largo de los treinta y un meses de presencia gala en suelo sevillano, según la información ofrecida por las aportaciones documentales que se adjuntan al final de estas páginas.

CARÁCTER, OBJETIVOS, VARIANTES Y ELEMENTOS DE LA FIESTA NAPOLEÓNICA

Napoleón Bonaparte nació el 15 de agosto de 1769 en Ajaccio, (Córcega). Lo que en el siglo XX se llamaría *culto a la personalidad* se fue incrementando en torno suyo conforme adquiría mayor poder y prestigio con las conquistas europeas. Así, el 19 de febrero de 1806 el emperador emitió un decreto por el que el 15 de agosto de cada año debía sustituirse la tradicional fiesta católica de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos por la celebración, no sólo de su aniversario, sino de su onomástica, ya que éste era, también, el día de San Neopolo, mártir cristiano cuyo nombre derivó rápidamente, a ojos imperiales, como San Napoleón. De esta manera, entre 1806 y 1813 hubo de celebrarse en todos los territorios conquistados el día del emperador, con toda la pompa y ornato posible, con el marcado objetivo de unir las diversiones y alegrías del pueblo a la figura del nuevo César, sobre todo allí donde la sumisión popular hubiese resultado más ardua⁵.

En España, a la celebración de la fiesta napoleónica se añadió, a su vez, la josefina, en honor del rey José I Bonaparte, cada 19 de marzo. En el caso de la Sevilla ocupada, el programa de fiestas, que obligatoriamente debía ejecutarse en honor del rey y del emperador, colisionaba frontalmente con dos solemnidades muy consideradas por la inmensa mayoría de la población: la de San José, patrón de los carpinteros y de los distintos oficios artesanales, y la de la Asunción, de advocación antigua y reconocida en la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, que realizaba, precisamente, su procesión anual en la mañana de ese mismo día tras la celebración de una solemne novena y previa a la, también, espléndida octava que le tributaba el Cabildo de la Catedral de Sevilla⁶.

Estas fiestas eran los mejores instrumentos de propaganda que podían permitirse los ocupantes, con las que pretendían conseguir la adhesión de un pueblo que parecía proclive a las influencias foráneas, sólo si éstas venían acompañadas de diversión y júbilo, y que había dado escasas muestras, hasta entonces, de afecto a sus nuevos

5 Vid. http://www.forumlibertas.com/frontend/forumlibertas/noticia.php?id_noticia=8906. Consultado el 19-8-2011. Esta práctica imperial deriva directamente de los procesos de desacralización del calendario que ya practicaron las autoridades francesas en los años inmediatamente posteriores al estallido de la Revolución.

6 Para conocer las complejas relaciones del nuevo régimen de ocupación y la Iglesia de Sevilla puede consultarse el completo estudio de AVELLÁ CHAFER, Francisco: “La ocupación francesa de la ciudad y arzobispado de Sevilla, a la luz de nuevos documentos (1810-1812)”. *Archivo Hispalense*, 175, 1974, pp. 35-87.

dirigentes. Sin embargo, estos, sabedores de lo enraizadas que estaban en aquel determinadas tradiciones y ceremonias autóctonas, tuvieron en su ánimo –como veremos a continuación–, compaginarlas o incluirlas en el programa de las fiestas oficiales para apaciguar lo más posible los corajes de la población.

En la ciudad del Guadalquivir se alcanzaron tres ediciones de la fiesta napoleónica del 15 de agosto (1810, 1811 y 1812); y aunque hubo algunas variantes motivadas por las circunstancias militares o políticas de cada año, se mantuvo el mismo esquema organizativo, que alternaba las celebraciones de cumplimentación religiosa y las puramente profanas de remembranza militar o cortesanas, según qué casos. Para unas y otras, los dirigentes franceses contaron con la participación necesaria del Cabildo de la Catedral y del Ayuntamiento de la ciudad.

En primer lugar había que preparar los ánimos de la población para lo que se disponía a vivir. Por ello, el 14 de agosto, la tarde anterior al día de Napoleón, se hacían diversos anuncios con repiques de campanas o atronadoras salvas de cañones.

El día en cuestión, tras una tanda más de salvas de ordenanza, la fiesta empezaba con la celebración de la misa solemne con sermón y posterior canto del *Te Deum* ofrecidos en la Capilla Mayor de la Catedral. En el presbiterio bajo se colocaban dos doseles, uno en el lado del Evangelio –con el bordado de una N que estaba, a su vez, coronada y acompañada del caduceo de Mercurio–, y otro, en el lado de la Epístola, de características similares, pero presidido por una J. Como es fácil suponer, estas iniciales correspondían a los nombres del emperador y del rey, respectivamente, y esta disposición no hacía más que posibilitar un simbólico simulacro: se respetaba el lugar preeminente que hubieran ocupado las máximas autoridades en caso de haber asistido a la ceremonia. Junto a los mismos formaban soldados imperiales en el primer caso, e integrantes de la Guardia Cívica –compuesta por españoles juramentados y creada en Sevilla por orden real en febrero de 1810–, en el segundo. Ocupando la soldadesca los extremos del crucero, los asistentes a la ceremonia hacían lo propio frente al altar mayor, sentándose en los bancos de la veintena del Corpus⁷ el Cabildo y los principales de la ciudad, y en los bancos comunes el resto de las personalidades. Al terminar, se volvían a escuchar repiques de campanas desde la Torre y cañonazos en el Triunfo.

Después de la ceremonia religiosa comenzaba la labor de caridad y clemencia con el reparto de distribuciones. Estas consistían en rancho extraordinario a los presos, a los niños acogidos en el colegio de la Doctrina Cristiana, a los asilados en el Hospital de los Viejos o a las mujeres enfermas del homónimo del Pozo Santo. Se liberaban,

7 Estos bancos, en número de diez, que suelen encontrarse normalmente en la Capilla de la Antigua de la Catedral, siguen utilizándose para las grandes solemnidades. Fueron ejecutados entre 1777 y 1778 y costeados por los propios canónigos. Vid. MORALES MARTÍNEZ, Alfredo J.: “Artes aplicadas e industriales en la Catedral de Sevilla”. *La Catedral de Sevilla*. Sevilla, 1984. 2ª edición: Sevilla, 1991, pp. 550-552.

a su vez, los presos de la cárcel que estaban próximos a cumplir su condena o “*los militares franceses y españoles que deban salir de arresto*”⁸.

No había ningún acto programado para la hora del almuerzo. La siguiente cita tenía lugar a las cinco de la tarde y se trataba de una corrida de toros. Éste era el “*elemento fundamental de la fiesta napoleónica en Sevilla*”⁹. Efectivamente, los franceses supieron adaptarse bien, y explotar en casos así, los espectáculos taurinos para contento del pueblo en una plaza como la de la Maestranza, convertida en el marco más apropiado para la escenografía del poder napoleónico.

Al terminar el festejo, el ambiente de la ciudad era jubiloso, dispuesto a pasear después de la puesta de sol para admirar las calles adecentadas, engalanadas e iluminadas de la urbe. Enclaves representativos como el puente de barcas o la Giralda se empavesaban para la ocasión. Asimismo, sobre algunos edificios que servían de residencia a los principales de la ciudad se proyectaban “*curiosas perspectivas*”¹⁰. Debían consistir éstas en el ornato de las fachadas de los edificios a base de iluminación de antorchas, y su recubrimiento por medio de tapices o telas, o incluso, maderas pintadas con motivos arquitectónicos o vistas en perspectiva de edificios o paisajes urbanos, posiblemente de signo neoclásico e ideadas por el polémico arquitecto municipal Cayetano Vélez¹¹. Gracias al juego de luces que se ofrecía artificialmente sobre los mismos, estas “*perspectivas*” brindarían un elegante espectáculo visual, además de un interesante acicate literario, ya que, en ocasiones, determinados lemas panegíricos o propiamente poéticos, referidos a la autoridad imperial, y colocados en lugares bien visibles, venían a sustituir, de nuevo, el elemento religioso por el profano de signo laudatorio o mitológico.

En torno a las ocho de la noche, el arma de artillería del ejército se encargaba del espectáculo pirotécnico que se ofrecía, a veces en la *zapata* de Triana, a veces desde la “*llanura que está á espaldas de San Telmo*”¹², o lo que es lo mismo: “*en el campo*

8 A.H.M.S. (Archivo Histórico Municipal de Sevilla), Sección VII. Invasión francesa. Tomo V, expediente nº 65: Año de 1812. Expediente con el Programa para la Fiesta de 15 de Agosto por el Emperador Napoleón. Vid. Apéndice documental, documento 2.

9 MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica...*, op. cit., p. 284.

10 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, op. cit., p. 117.

11 Este arquitecto había proyectado un túmulo funerario con motivo de la muerte del ministro Floridablanca, fallecido en Sevilla el 30 de diciembre de 1808. Estuvo activo en los años de la ocupación francesa, pero las irregularidades que caracterizaron su cargo en el Consistorio hispalense impiden que la atribución del ornato efímero dispuesto para las fiestas napoleónicas sea definitiva. Para conocer el diseño academicista del catafalco citado, vid. MORALES, Alfredo J.: “Las honras fúnebres por Floridablanca en Sevilla y el túmulo proyectado por Cayetano Vélez”. *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 73, 1991, pp. 180-190, con ilustración del mismo en la 187. Para ahondar más en el conocimiento de la obra de Vélez, vid. SUÁREZ GARMENDIA, José Manuel: *Arquitectura y urbanismo...*, op. cit., pp. 44-47; y SALINAS ALONSO, Víctor: “Dos planos del convento y huerta de San Francisco en Sevilla”. *Atrio: revista de historia del arte*, 3, 1991, pp. 171-174.

12 Vid. Apéndice documental, documento 2.

de la derecha de la fuente del Abanico”¹³. Y aunque el pueblo los podía disfrutar a la vista desde muchos lugares, se colocaba un estrado para el asiento de las autoridades francesas y españolas que podían ir acompañadas de sus esposas. Los fuegos de artificio se disparaban con muchísimo gusto y duración, como punto final a los actos públicos de la celebración napoleónica.

Finalizada la diversión general, comenzaba la fase privada y más cortesana de la fiesta: el agasajo a la “*sociedad convidada*” —los dirigentes franceses y españoles, los soldados, fuese cual fuese su graduación, “*los inspectores de revista, comisarios de guerra, oficiales de sanidad, y principales empleados de la administración residentes en Sevilla así como los señores de la guardia cívica imperial y española, y de la guardia de honor*”¹⁴, además de a los miembros de las administraciones civiles y judiciales, con el señor obispo, el Cabildo y una diputación del clero, y finalmente a todas las personas que ejerciesen algún cargo público o que fuesen, simplemente, extranjeros— al palacio del general en jefe de la plaza.

Ante la cantidad de personas que solían concurrir a estos banquetes era necesario nombrar diputados que se encargasen de la justa organización del acto y distribuyesen los puestos y los grupos de comensales, o que incluso controlasen y distribuyesen adecuadamente los grupos de máscaras, el servicio de los músicos o el avituallamiento de alimentos y bebidas¹⁵.

No se conocen todos los extremos del desarrollo de estas veladas, sólo que serían amenizadas con abundante música interpretada por un conjunto de cámara que desgranaría piezas del gusto del anfitrión o de algunos de los principales asistentes y que servirían, en muchos momentos, para el baile y recuerdo de la patria que los mandatarios franceses habían dejado atrás hacía algún tiempo. Pero lo más importante era, a buen seguro, la *habilidad social* que practicasen algunos de los invitados a la hora de tratar determinados asuntos en un ambiente distendido y seguro. En todo caso, nunca finalizaban estas reuniones antes de la madrugada.

Sin embargo, había ocasiones en que no se consumaba ahí la celebración napoleónica. Al menos en su primera edición, la inercia festiva se extendió al día siguiente, 16 de agosto, con algunas actividades *deportivas*, atractivas para la mayoría de la población por su carácter de competición. Eran éstas el tiro al blanco que practicaba el regimiento de artillería de Monterrey, las carreras de caballos que tenían lugar en el Prado de San Sebastián o —una tradición que se sigue conservando actualmente—, mástiles de cucaña en el muelle de la Torre del Oro¹⁶.

Éste era el desarrollo habitual de las fiestas napoleónicas en la Sevilla ocupada. Seguramente se presentarían ante un pueblo, por un lado, proclive a disfrutar con los momentos de diversión y asueto que les procuraban estas festividades y, por otro,

13 A.H.M.S, Sección XIV. Crónica sevillana de Félix González de León 1800-1853. Tomo XIII (1812), f. 59. Vid. Apéndice documental, documento 1.

14 Vid. Apéndice documental, documento 2.

15 MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica...*, op. cit., p. 280.

16 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, op. cit., p. 118.

resignado a soportar las alusiones constantes que les recordaba su sumisión a los designios imperiales. Además, estas fiestas supusieron un nuevo y fugaz hito en el calendario laboral de determinados artífices que verían empeñado su trabajo en realizar las decoraciones y ornatos para la conmemoración napoleónica, uniéndolos así a las otras grandes festividades del almanaque sevillano.

DESARROLLO DE LAS FIESTAS NAPOLEÓNICAS EN SEVILLA (1810-1812)

Los programas de actos y actividades de las tres ediciones de la fiesta napoleónica que tuvieron lugar en la Sevilla ocupada difirieron muy poco entre sí, pero es necesario señalar una serie de hechos que caracterizaron su implantación (1810), su posterior desarrollo (1811) y su brillante conclusión (1812).

La primera de ellas, la de 1810, tuvo lugar sólo seis meses después de la entrada de los franceses en la ciudad y los hechos que se habían sucedido desde la huida de la Junta Suprema Central hasta la toma de Sevilla pasaron por las revueltas y tumultos callejeros, la fuga de numerosas familias y personalidades a Cádiz, las rogativas y procesiones organizadas para reclamar la intervención divina, así como el traslado o escondite de importantes tesoros artísticos, salvados en esta ocasión de la *rapiña* gracias a la previsión de sus dueños o administradores¹⁷. Una vez los invasores controlaron la situación, los ánimos populares se enardecieron aún más con el incumplimiento de las capitulaciones de rendición que habían sido acordadas en Torreblanca al ver cómo los soldados ocupaban algunos conventos y los generales hacían lo propio con las casas de mayor solera de la ciudad, pertenecientes, en otro tiempo, a las familias de la nobleza.

Y así, aunque las campanas de la Giralda habían repicado “*de primera clase*” en ocasiones como la del 4 de febrero, cuando se cantó el “*Te Deum en acción de gracias de las victorias de las tropas francesas y de feliz conquista de la Andalucía*”¹⁸, a la vez que la fachada de los pies de la Iglesia Mayor “*estaba colgada de terciopelo galonado de oro, como en sus fiestas más solemnes*”¹⁹, haciendo el Cabildo esfuerzos ímprobos –pues así se lo había ordenado el conde de Montarco, comisario del nuevo rey–, de insuflar confianza entre la población por medio de su apoyo decidido al nuevo régimen²⁰, no hubo muestras de respaldo popular ni cuando se programaron varias obras de teatro, cuya entrada se adquiría a bajo coste “*en atención del pueblo*”, ni cuando se organizó la primera fiesta josefina del 19 de marzo o durante los fastos por la boda del emperador con María Luisa un mes más tarde. Es muy posible que la mayoría de los habitantes de Sevilla –que hasta la víspera de la ocupación había mostrado su

17 *Ibidem*, p. 98, refiere que “*creció la alarma al saber que la comunidad de capuchinos había embarcado en varios cajones los magníficos lienzos de su iglesia, obra de Bartolomé Esteban Murillo; que diferentes hermandades y cofradías remesaban su plata y joyas en buques fletados al efecto*”.

18 MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica...*, *op. cit.*, p. 249.

19 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 104.

20 AVELLÁ CHAFER, Francisco: “La ocupación francesa...”, *op. cit.*, p. 40.

desprecio hacia los *intrusos*–, estuviese alerta ante los pasos, que poco después de su creación, comenzó a dar la policía secreta dirigida por Miguel Ladrón de Guevara y José Echevarría y que se traducían en ajusticiamientos de *patriotas* –entre los que no faltaron algunos religiosos–, en las cercanías del cuartel de San Laureano, otrora convento del mismo nombre.

No fue hasta la fiesta napoleónica de agosto de 1810 cuando se consiguió una cierta correspondencia popular hacia algún acto diseñado por la administración de franceses y juramentados. Como se ha señalado anteriormente, el Cabildo de la Catedral y el Ayuntamiento jugaban un papel crucial en la puesta en práctica del programa festivo. Y a este respecto, el primero de ellos tuvo algunas dificultades para dar culto y hasta para sacar en procesión por los alrededores del templo a la Virgen de los Reyes en su paso, sin que esto interfiriera en la celebración napoleónica. El debate en el seno del mismo comenzó unas tres semanas antes al mandar el comisario regio, Blas de Aranza, con el programa de la fiesta diseñado por Soult, jefe de la plaza en esa ocasión, la petición de colaboración en la celebración religiosa. Como resultado *“se acordó que el Sr. Presidente conteste a S. E. que el Cabildo tendrá la mayor satisfacción de concurrir por su parte a la celebridad de dho. Aniversario; a cuyo efecto ha mandado a sus Diputados de Ceremos. y de Fabr^a. qe. poniéndose de acuerdo con los SS. Gl. Govor., y Corregidor de Sevilla, tomen quantas Disposiciones crean necesarias p^a. que la función de Yglesia se haga con toda la pompa y dignidad, conveniente a tan augusto objeto”*²¹.

Días después, las citadas diputaciones llevaron al Cabildo sus disposiciones y plantearon que se reuniesen los canónigos en el Coro a las seis de la mañana y que los oficios y la procesión se hiciesen con la dignidad acostumbrada, pero que al entrar se llevasen las andas de la Virgen directamente a la Capilla Real y no a la Capilla Mayor, como se hacía cada año para terminar el recorrido de la imagen con las letanías laurentanas, con el objeto de no interferir en la celebración dedicada a Napoleón, que debía formarse pocos momentos después. Escuchado el informe por el Cabildo, se procedió a votar si convenía actuar así o no *“y por mayor numero de votos se acordó, que la Procesión y festividad de N^a. S^a. de la Asunción se traslade al día que la Diputación de ceremonias crea poderse verificar”*²². De esta manera se entraría para el Oficio de Coro un poco más tarde (a las 6.30 horas) y una vez concluido éste, aplazada *sine die* la procesión, se procedería a la preparación de la parte sagrada de la función napoleónica *“con todo el aparato correspondiente a la festividad del día”*²³.

21 A.C.S., (Institución Colombina: Archivo de la Catedral de Sevilla), Sección I. Secretaría, Autos Capitulares, libro 173 (07221), folio 48. 24-7-1810.

22 *Ibidem*, ff. 50 y 50v. 8-8-1810.

23 *Ibid.*, ff. 51 y 51v. 11-8-1810. Es muy significativo que la procesión de la Virgen de los Reyes resultase perjudicada en el día propio de su festividad durante los años de la ocupación. Precisamente, Carlos IV y María Luisa de Parma, los monarcas que habían sido depuestos por Napoleón en Bayona, habían sido fervorosos devotos de esta imagen y de San Fernando; de hecho realizaron su visita a Sevilla en 1796 para agradecer al santo rey su intercesión a favor de la salud del príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, resentida tras una enfermedad que padeció de pequeño. Los

Con la pompa y ornato señalados en el apartado precedente, ofició la función el obispo gobernador de Sevilla, Manuel Cayetano Muñoz y Benavente²⁴, y predicó el canónigo José Isidoro Morales. La colecta la hicieron dos niños seises, ataviados con su característico atuendo, llevando dos bandejas de plata de mucho realce. Al término de la celebración religiosa se efectuaron seis casamientos en la Capilla Real que, parece, fueron protagonizados por miembros de las familias más principales y que contaron para la ocasión con el padrinazgo de importantes funcionarios y miembros de la administración local²⁵. En estas circunstancias y, debido, seguramente a lo avanzado de la hora, se había pedido al Cabildo que diera un almuerzo en las mismas naves de la Catedral, para refrigerio de la soldadesca y disfrute de las nuevas parejas, petición a la que el Cabildo se negó alegando el carácter sagrado del lugar²⁶.

Tras las distribuciones a los establecimientos de caridad, la corrida de toros en la Maestranza, la iluminación de toda la ciudad—con especial mención de la que embellecía el puente de barcas—, y la contemplación de las “*curiosas perspectivas*” dispuestas con temas alegóricos sobre las fachadas de las casas de los principales de la ciudad, la “*sociedad convidada*” se reunió en el domicilio del responsable máximo de la celebración para el baile y banquete que cerraría la fiesta. El 15 de agosto de 1810 este papel correspondía, como se ha apuntado anteriormente, al gran duque de Dalmacia. Se había adueñado del Palacio Arzobispal, y los invitados al mismo, antes de acceder por la escalera que Juan de Espinal y su equipo de colaboradores habían adornado con *quadraturas* casi treinta años atrás, podían apreciar la *perspectiva* que se había colocado en el jardín, creando, con su efecto, más profundidad al mismo: una vista del templo de Himeneo con unas pirámides con estrofas poéticas que hacían alusión al goce del amor, escritas, con mucha probabilidad, por el párroco de Santa Cruz, Félix José Reinoso²⁷. El éxito de esta primera fiesta napoleónica en la Sevilla ocupada debió ser sobresaliente, ya que al día siguiente, Soult escribió para mostrar su agradecimiento al Cabildo catedralicio por su inestimable colaboración en el desarrollo de la misma²⁸.

La segunda fiesta napoleónica, el 15 de agosto de 1811, transcurrió bajo otras circunstancias. Los franceses ya habían comenzado su proceso de transformación

vestidos que la reina regaló a la Virgen y los honores militares que se le tributaron a partir de entonces pudieron haber sido el motivo del desprecio que para con este señalado símbolo de la monarquía hispánica tuvieron los invasores franceses. Para ahondar más en el conocimiento de esta “*piedad ilustrada*” puede consultarse RECIO MIR, Álvaro: “*Per me reges regnat*. Carlos IV y María Luisa de Parma en la Capilla Real de Sevilla: patronato regio, academia y neoclasicismo”. *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, 165, 2005, pp. 22-37, especialmente las 24-27.

24 Este eclesiástico supuso un buen ejemplo del estado de ánimo y de la incertidumbre que confundían a muchos ciudadanos: huido de la ciudad, había vuelto poco después de la entrada de los franceses a la misma, esperanzado con la aparente paz que traía el rey José. Vid. MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica...*, *op. cit.*, pp. 254 y 255.

25 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 117.

26 A.C.S., Sección I. Secretaría, Autos Capitulares, libro 173 (07221), folio 51v. 11-8-1810.

27 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, *op. cit.*, p. 117.

28 A.C.S., Sección I. Secretaría, Autos Capitulares, libro 173 (07221), folio 53. 16-8-1810.

urbanística de la ciudad, ya se había consumado la *rapiña* en todas aquellas iglesias y conventos que atesoraban pinturas y obras de arte prominentes, e incluso se habían celebrado otras festividades como la victoria de la conquista de Badajoz y el nacimiento y onomástica del hijo de los emperadores, Napoleón II, rey de Roma. El pueblo de Sevilla, que pasaba por uno de los momentos más atroces y dramáticos de los últimos años –no en vano éste fue considerado *el año del hambre*–, se había deleitado, siquiera esporádicamente, con los acróbatas y los novillos, los fuegos de artificio y las competiciones deportivas que habían desplegado, de nuevo, los dirigentes locales para estas celebraciones²⁹, por lo que parecía más receptivo o, al menos, más resignado que en fechas anteriores. La organización de la cita napoleónica no recayó en esta ocasión sobre Soult, ausente de la ciudad, sino sobre su lugarteniente, Jean-Baptiste Drouet d'Erlon (1765-1844), que se había establecido en una dependencia cercana a los Alcázares.

En esta ocasión sí efectuó su salida procesional la Virgen de los Reyes, sin menoscabo de que más tarde se iniciase la función en honor a Napoleón con su *Te Deum* correspondiente. Las autoridades fueron en procesión desde el domicilio de d'Erlon y asistieron corporativamente a la celebración litúrgica³⁰. Por la tarde hubo, como era ya habitual, corrida de toros a las cinco y fuegos artificiales tres horas después. La ciudad volvía a estar iluminada, así como la Torre que, según costumbre, repicaba de primera clase cada tanto. Parece que este año la *perspectiva* más destacada fue la que se montó en la zona del Prado de San Sebastián, frente a la puerta de San Fernando, en la que se mostraba el templo de la Paz, o al menos eso era lo que se indicaba en las inscripciones colocadas al efecto. El banquete se desarrolló, por esta vez, en la residencia del conde d'Erlon y se sabe que duró hasta la madrugada³¹.

Entre la segunda y la tercera y última fiesta, la de 1812, hubo algunas celebraciones más en la Sevilla ocupada. Se habían desarrollado festejos –de un mayor perfil militar– el 22 de agosto de 1811 por la entrada del rey José en Madrid a su vuelta de Francia³², y el 19 de marzo siguiente se había celebrado la fiesta josefina con las luminarias, las orquestas tocando a la vera del río y el teatro a precio más bajo³³.

Sin embargo, cuando la sensación de rencor contra los intrusos se había diluido más entre la población, o el desarrollo de la política de la administración local comenzaba a dar sus frutos, los acontecimientos comenzaron a cambiar. El 23 de marzo de 1812 volvió a Sevilla el mariscal Soult de su infructuoso intento de tomar Cádiz y no hubo salvas de cañones o repiques de la Giralda para recibirlo como había sucedido en otras ocasiones. Todo lo contrario, venía receloso y rápidamente impuso el toque de queda

29 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, op. cit., p. 123.

30 *Ibidem*, p. 128; y A.C.S., Sección I. Secretaría, Autos Capitulares, libro 174 (07222), f. 48v. 14-8-1811.

31 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, op. cit., p. 128.

32 *Ibidem*; y A.C.S., Sección I. Secretaría, Autos Capitulares, libro 174 (07222), f. 50v. 21-8-1811.

33 VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla...*, op. cit., p. 131.

para ejercer un control mayor sobre el vecindario de la ciudad³⁴. Los ánimos *patrióticos* volvieron a encenderse, máxime cuando llegó una avanzadilla de tropas angloespañolas a Castilleja de la Cuesta el 15 de abril. Y aunque fue repelida y obligada a alejarse por las guarniciones imperiales de Sevilla, la esperanza quedó ya fijada entre los contrarios al régimen de ocupación³⁵.

Los dirigentes franceses tomaron conciencia de que sus días en Sevilla estaban contados tras conocer la victoria de las tropas aliadas en la batalla de Arapiles (22 de julio de 1812) y la huida del rey José de Madrid por las mismas fechas. Aun así, Soult decidió organizar la fiesta napoleónica del 15 de agosto, quizá como una despedida solemne de una ciudad en la que había ejercido el poder sin intromisiones y de la que se llevaba un destacado tesoro artístico para adornar su residencia parisina. Por tanto, aunque esta fiesta fuera más grandilocuente y suntuosa que ninguna anterior, estaba presidida por la tristeza y el desencanto de sus organizadores. Éstos no podían mostrar, sin embargo, flaqueza de ánimo alguna, sino todo lo contrario: debían recrear la imagen de fortaleza que tenían hasta el momento.

El programa de la fiesta se puede reconstruir fácilmente a partir de la información de los documentos aportados al final de estas líneas³⁶. Comenzó con la atronadora salva de ciento un cañonazos al amanecer, que ya había sonado la tarde anterior como anuncio³⁷. Es posible que estas salvas, que se tiraban en el Triunfo, se escucharan al paso de la procesión de la Virgen de los Reyes, que efectuó su recorrido por las Gradas bajas sin contratiempos como el año anterior, saliendo el palio por la puerta de los Palos a las siete de la mañana. Fue a las once cuando comenzó la función de Napoleón, después de que los dignatarios franceses hubiesen llegado formados tras “*reunirse un poco antes de la misa en el palacio del general en jefe*”.

Y como solía ser habitual, tras la celebración religiosa se ejecutaron las acciones de caridad con distribuciones de alimentos y condonación de penas de arresto, así como la corrida de toros en la Maestranza y los fuegos artificiales en la llanura cercana a San Telmo, donde se había colocado un estrado para los principales y sus esposas. Félix González de León afirma que el espectáculo fue especialmente vistoso y que se prolongó por espacio de una hora, y aunque, apunta, como en otras ocasiones la ciudad se hallaba iluminada, las luces dispuestas este año por el Ayuntamiento parecieron insuficientes debido a su corto número, en comparación, además, con las dispuestas por el Cabildo de la Catedral sobre la torre de la Giralda.

A las nueve de la noche, la “*sociedad convidada*” debía reunirse, de nuevo, en casa de Soult, para el banquete y baile, como ocurrió en la edición de 1810. En esta ocasión,

34 *Ibidem*, pp. 131 y 132.

35 *Ibid.*, pp. 132 y 133.

36 Vid. Apéndice documental, documentos 1 y 2.

37 Es bien conocida la costumbre marcial de homenajear a un mandatario o recordar un suceso del pasado con el saludo de las armas de fuego colocadas en posición no hostil. La modalidad de los ciento un disparos de cañón es la reservada a las grandes ocasiones y utilizada desde los tiempos de Carlos V para las dignidades imperiales, como era el caso de Napoleón Bonaparte.

el general contó con los apreciados bancos del Corpus de la Catedral, y no era la primera vez que echaba mano de ellos para utilizarlos en su palacio. Cabe imaginar que, a diferencia de lo que ocurría en otros momentos, las conversaciones de los invitados no serían tan venturosas. Más bien se hablaría del incierto futuro y de los avances de las tropas enemigas. De hecho, es probable que ya estuviese programada la evacuación de las familias más allegadas al régimen de ocupación, que saldrían de la ciudad con sus pertenencias en una lenta comitiva de huida que habría de organizarse adecuadamente, sin contar, además, con el respaldo de los habitantes de las poblaciones diseminadas por su recorrido de regreso. Los juramentados que habían desarrollado algún papel en la administración local –Joaquín María Sotelo, prefecto de Sevilla desde abril de ese año, el ex abate Marchena, Manuel María Arjona, Félix José Reinoso, Alberto Lista–, habían de decidirse ante una difícil disyuntiva: marchar con los franceses y abandonar su patria o permanecer en Sevilla y presentarse, desamparados y culpables a los ojos *patrióticos*, ante las nuevas autoridades³⁸.

Los dirigentes franceses, por el contrario, después de la última fiesta napoleónica que organizaron en Sevilla, empezaron a recoger sus pertenencias y se marcharon, procurando hacer el menor ruido posible. El 26 de agosto, de madrugada, después de días de preparativos, abandonó la ciudad el mariscal Soult, y el 27 ya se divisó la columna de las tropas aliadas que hizo su entrada en la ciudad desde Triana con aparente facilidad. Fue entonces cuando empezó a desarrollarse, de nuevo, el manual de ritos para la supervivencia que tan bien tenían asumidos los distintos estamentos sevillanos: repicaron las campanas de la Giralda durante tres horas, salió la gente del pueblo a dar la bienvenida a los nuevos invasores y se iluminó la ciudad³⁹.

En un abrir y cerrar de ojos, Sevilla había cambiado de dueños sin la menor oposición, aplicando una serie de ceremonias, relacionadas, en muchos casos, con el artificio y la utilización de su riqueza patrimonial, que le había servido en el pasado y que lo podría hacer de nuevo en el futuro para ganar una justa supervivencia. Por eso, la última fiesta napoleónica de Sevilla fue el mejor ejemplo de la capacidad de los ciudadanos para pasar de una situación a otra con total facilidad en el corto espacio de doce días de diferencia.

* * *

38 Algunos, como el citado Sotelo, había realizado una labor verdaderamente virtuosa dinamizando la administración municipal o saneando su maltrecha economía, colaborando enormemente con la beneficencia y los campesinos –a los que proveyó de armas para la protección de sus cosechas o recolecciones–. También se preocupó por el control de los alimentos que consumía la población y por la dotación de los presos de las cárceles. Vid. MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla napoleónica...*, *op.cit.*, pp. 124-126.

39 *Ibid.*, pp. 295-297; y CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Estudios sobre la Sevilla Liberal (1812-1814)*. Sevilla, 1973, pp. 18, 19 y 40.

Las tres ediciones de la fiesta napoleónica celebradas en la Sevilla ocupada sirvieron para revitalizar la práctica del adecentamiento y ornato urbano con motivo de una celebración importante que tenía la misión de religar a cientos de personas en torno a una idea –el poder imperial de los conquistadores–, y bajo una situación –la ocupación por las armas de un territorio extranjero–. *Stricto sensu*, la ciudad no había experimentado algo parecido en su larga Historia, pero las pautas de comportamiento de sus distintos estamentos sociales para con los franceses fueron las mismas que *tradicionalmente* habían desarrollado ante la visita de los representantes de la monarquía hispánica a lo largo de los siglos XVI–XVIII⁴⁰. Los conquistadores, al contrario de lo que cabría suponer, no impusieron a la hora de programar sus fiestas en honor del emperador, sus *propios* modos de celebración, sino que utilizaron los autóctonos con el objetivo de fundir al pueblo con su propia causa. Y aunque utilizaron, ignoraron o despreciaron a su antojo algunos de los grandes referentes festivos de la ciudad por su clara conexión con el régimen anterior –la procesión de la Virgen de los Reyes, por ejemplo, formalizada marginalmente dentro de las celebraciones del día de San Napoleón; o la plaza de toros de la Maestranza, de histórico patronazgo borbónico–, sustituyéndolos, en la misma Catedral –doseses imperial y real, bancos del Corpus para los banquetes de Soult, petición de almuerzo en las naves–, o en el que era el palacio del arzobispado hispalense –perspectiva del templo de Himeneo, el dios de la unión conyugal con referencias al goce del amor en las inscripciones– por elementos puramente profanos o de culto a un nuevo cesarismo, no lo hicieron por relativismo moral o religioso, sino como instrumento, una vez más, que sirvió para desarrollar una empresa imperial que creyeron necesaria y obligatoria, para la que Sevilla fue, simplemente, una herramienta efímera que apuntaló durante poco más de dos años, el dominio extranjero en el sur de la Península Ibérica.

Fecha de recepción: 10 de septiembre de 2011.

Fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2011.

40 Los dos últimos grandes ejemplos fueron las celebraciones por la proclamación de Carlos IV (1789) y su visita a Sevilla (1796).

APÉNDICE DOCUMENTAL

Documento 1

Archivo Histórico Municipal de Sevilla, Sección XIV. Crónica sevillana de Félix González de León 1800-1853. Tomo XIII (1812), f. 59.

Agosto de 1812

[Día] 14. *Al ponerse el sol hubo salvas para anunciar la función de mañana.*

[Día] 15. *En la Catedral se entró en coro a las seis, y la procesión de la Virgen de los Reyes fue a las siete, en todo como el año pasado.*

Por los días del Emperador de los franceses Napoleón 1º hubo hoy salvas al amanecer y a las 11 fue a la Catedral el Mariscal Soutl con todas las autoridades y cuerpos tocando la torre pinos de primera clase. Inmediatamente cantó Misa de Pontifical el Obispo Auxiliar (governador) con Música, y concluyda se cantó el Te Deum para el que repicó la torre y hubo salvas en el triunfo, con lo que se concluyó. Para esta función se pusieron los dos doseles reales con sus pedestales y las letras iniciales de Napoleón y José como queda dicho en otras funciones; y los bancos del Corpus.

Por la tarde hubo toros.

A la oración en el campo de la derecha de la fuente del Abanico, se disparó una gran perspectiva de fuegos artificiales, de mucho gusto y muy vistosa, y duró más de una ora.

En la catedral hubo repiques y luminarias.

Hubo luminarias públicas que fueron contadas por su corto número.

No hubo teatro.

El Mariscal dio un bayle en su palacio para el que sirvieron los bancos del Corpus.

Documento 2

Archivo Histórico Municipal de Sevilla, Sección VII, Invasión francesa. Tomo V, expediente nº 65: Año de 1812. Expediente con el Programa para la Fiesta de 15 de Agosto por el Emperador Napoleón.

PROGRAMA PARA LA FIESTA DEL 15 DE AGOSTO EN SEVILLA

El 15 al amanecer habrá una salva de 101 cañonazos.

A las once misa solemne, y Te Deum. Se rogará al señor obispo que celebre pontifical, con asistencia de todo su clero.

Al tiempo de entonarse el Te Deum, se hará otra salva de 101 cañonazos.

Todas las tropas francesas y españolas, é igualmente las guardias cívicas, se reunirán en gran ceremonia para asistir al culto divino.

Las autoridades civiles y judiciales, y asimismo los estados mayores y de administración franceses y españoles, serán convidados a reunirse un poco antes de la misa en el palacio del general en geje para ir formados á la catedral.

Después del Te Deum se retirará la tropa, y se efectuarán las distribuciones mandadas. Se pondrán en libertad los militares franceses y españoles que deban salir de arresto.

Habrà corrida de toros.

Al anochecer la dirección de artillería del ejército hará disparar un famoso fuego artificial en la llanura que está á espaldas de San Telmo.

Las autoridades francesas y españolas, y las señoras, serán convidadas á colocarse en un estrado que se colocará frente a los fuegos.

La ciudad estará iluminada.

A las nueve la sociedad convidada se reunirá en el palacio del general en jefe para el bayle y banquete que ha de haber.

Los oficiales franceses y españoles de cualquier graduacion en actividad de servicio, los inspectores de revistas, comisarios de guerra, oficiales de sanidad, y principales empleados de la administracion residentes en Sevilla, estan convidados de derecho; así como los señores de la guardia cívica imperial y española, y de la guardia de honor.

Á los señores miembros de las administraciones civiles y judiciales.

Á el señor obispo, con el cabildo y una diputación del clero.

Y finalmente á todas las personas que exercen destinos públicos incluso en la lista de convite; y aun á los extrangeros se les rogará de parte del general en jefe el que asistan al bayle y banquete que ha de haber en palacio.

El señor general gobernador de Sevilla tomará las medidas necesarias para que reyne el orden y decoro en todas las concurrencias que hubiere aquel dia, y se concertará con el señor prefecto y corregidor de esta ciudad para arreglar el punto de las distribuciones que deben hacerse á los pobres, y establecimientos de caridad.

El señor gobernador en jefe dará órdenes para las distribuciones que deben hacerse á las tropas.

Sevilla 9 de Agosto de 1812.

El general en jefe = Firmado = Mariscal duque de Dalmacia. = Por copia conforme = El general de division, jefe del estado mayor general del ejército = Firmado = Conde Gazan. = Es copia traducida conforme = Está rubricado por el excelentísimo señor Conde de Montarco.

Imprímase y comuníquese á las autoridades civiles españolas; para su inteligencia y respectivo cumplimiento, quedando advertidos que deben concurrir al palacio del excelentísimo señor general en jefe á las once de la mañana del dia 15 para acompañar á S. E. al templo.

Sevilla 13 de Agosto de 1812.

El Consejero de Estado Prefecto, Joaquín María Sotelo.